

CIENCIA MODERNA.

TRABAJOS DEL PRÍNCIPE DE MÓNACO.

LA invitación de la Real Sociedad Geográfica trajo á Madrid á una augusta personalidad que ha unido á los blasones de su realeza los gloriosos timbres reservados á aquellos que consagran la existencia al estudio, á la investigación y á los progresos del humano saber.

En el hermoso salón de actos del Conservatorio Nacional de Música y Declamación —elegantemente exornado, bajo la dirección de D. Joaquín de Ciria y de D. Javier de Salas, con plantas, flores y trofeos marítimos,—con asistencia de los Reyes y de la Familia Real de España, y ante una brillante concurrencia, ocupó la tribuna S. A. R. el príncipe Alberto de Mónaco.

El presidente de la Sociedad Geográfica, capitán general Sr. Azcárraga, pronunció un bien sentido discurso haciendo breve reseña de la labor inteligente y fecunda del ilustre conferenciante.

tró al público, con el auxilio del aparato de proyecciones, los instrumentos ingeniosísimos empleados para recoger agua y lodo del fondo del mar, para medir la temperatura y para practicar sondeos: instrumentos hábilmente contruídos con objeto de evitar que sus indicaciones se desvirtúen al atravesar las capas intermedias y superiores del agua.

Igualmente presentó el modelo de los flotadores que, en número de mil seiscientos setenta y cinco, lanzó al mar el año 1885, entre Europa y América, para estudiar las corrientes y en especial la llamada «Gulf Stream», que templá las costas europeas trayendo á ellas calor procedente de la región americana del Atlántico Norte.

Con vivo interés, con simpatía manifiesta, el auditorio escuchó las explicaciones del Príncipe, que guarda fielmente el idioma de España y que figura en la escala de reserva de la Marina española con el grado de Contralmirante.

La segunda mitad de la disertación, pronunciada gran parte en francés y avalorada con proyecciones y vistas cinematográficas, fué un prodigio de amenidad, un ejemplo de lo que deben ser las lecciones de vulgarización científica, cuando están á cargo de verdaderos maestros.



Gimalditeuthis Richardi.



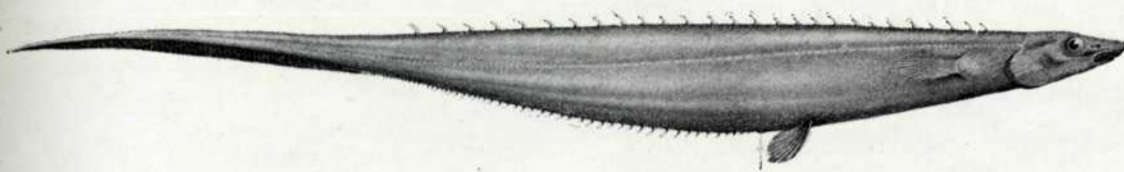
Lepidotentis Gramaldi.

ño, sentía deslumbramientos al oír hablar de seres llamados «inferiores», que disponen, cual los cromatóforos, de centenares de aparatos que les permiten emitir luz de distintos colores.

Y el encanto acrecía al contemplar ejemplares de celentéreos, de hidromedusas y de actinias: flores azules y rojas, flores vivas, dotadas de nematocistos ó filamentos en el extremo de los cuales hay capsulitas que encierran hipnotoxina, substancia que, al tocar á las presas, las paraliza y las priva de sensibilidad y de medios para defenderse.

Envueltos en afecto sonaron los nombres de los colaboradores y auxiliares en las investigaciones científicas: Thoulet, Portier, Richet, Gautier, Bertrand, Hergeßell y otros más.

Á continuación de los estudios de oceanografía habló de las exploraciones de las capas superiores de la atmósfera, en las cuales ha recogido, merced á globos-



Notacanthus.

Y habló el Príncipe de Mónaco; habló en castellano —como antes lo hiciera en la Academia de la Historia y como después lo hizo en el Ateneo,—y sus primeras palabras, veladas por la emoción, fueron saludos á España y al rey D. Alfonso XIII, y fueron evocaciones de la edad juvenil, de la edad en que el Príncipe ingresó y sirvió en la Marina española, sintiendo nacer en su espíritu la afición al mar.

Sobriamente, antes de entrar en el desarrollo del tema—*Progresos de la Oceanografía*,—solicitó la colaboración de España para resolver los problemas de la nueva ciencia é hizo elogios de los elementos disponibles para ese objeto: extensas costas, sociedades no oficiales constituídas ya en Guipúzcoa y en Galicia, investigaciones realizadas por iniciativa particular, y laboratorios de biología marítima existentes en Palma de Mallorca y en Málaga.

La colaboración española, unida á la que ya prestan Italia y Austria, y á la que en un próximo futuro prestará Francia, será decisiva para la investigación del Mediterráneo y permitirá obtener beneficios prácticos de estos trabajos en lo que se refiere á la protección y fomento de la riqueza pesquera.

En dos grandes ramas dividió el egregio disertante á la ciencia oceanográfica: Oceanografía pura y Oceanografía biológica.

Reposadamente, sin buscar efectos oratorios, como catedrático que ofrece la primera lección á sus discípulos, el Príncipe habló de la presión atmosférica en

Por lo que dijo, y aún más que por lo que dijo, por las ideas que sugirió, el Príncipe Alberto produjo admiración y entusiasmo.

Erguábase su cuerpo levemente inclinado; iluminábase su rostro curtido por muchos años de vida á bordo; adquiría mayor fuerza de expresión su palabra, y su diestra extendíase familiarmente indicando los objetos que surgían al desenvolverse la película cinematográfica.

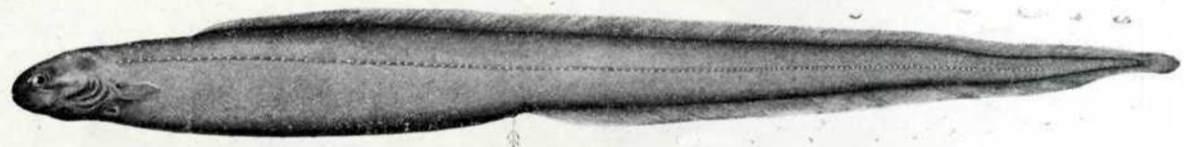
El conferenciante estaba realmente en su casa y mostraba los aspectos más pintorescos y curiosos de su hogar científico, de su cátedra flotante: del yate *Princesa Alicia*.

Y el auditorio vió desfilar á los compañeros del gran oceanógrafo, y asistió á las pintorescas escenas de la pesca de un cetáceo globicéfalo, que, una vez descuartizado, facilitó abundante cantidad de peces y de mariscos, los cuales, convenientemente clasificados, pasaron al laboratorio instalado en el barco.

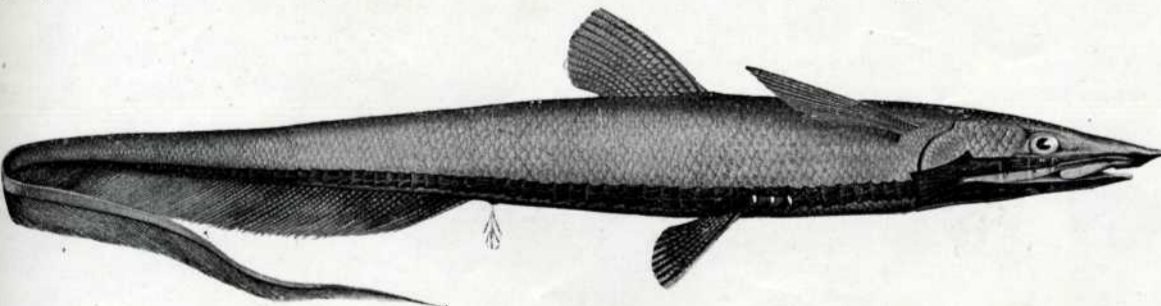
Luego aparecieron las distintas artes empleadas para la pesca en las profundidades: redes, palangres, nasas verticales y horizontales, y nasas grandes que encierran á otras pequeñas, para que en éstas se refu-



Vista de frente.



Simenchelys



Halosaurus.

las profundidades del mar. Diez metros de agua ejercen sobre un cuerpo sumergido una presión igual á la de la atmósfera, y, por lo tanto, los objetos que se encuentran á nueve mil metros de profundidad están sometidos á una presión novecientas veces mayor que la atmosférica.

La temperatura en los espacios líquidos desciende rápidamente al principio y después con lentitud, aproximándose á un grado á los cinco mil metros.

La luz del sol no revela su presencia más allá de unos cuatrocientos metros bajo las aguas.

Y así, teniendo en cuenta la falta de luz, la enormidad de presión y la baja temperatura, pudo afirmarse erróneamente que la vida no existía en los grandes fondos del mar.

Con claridad y precisión, al exponer los puntos principales de física, química y dinámica que forman la Oceanografía pura, el conferenciante explicó y mos-

gieron los pececillos que de otro modo serían devorados por los de mayor talla.

La linterna de proyecciones y el cinematógrafo, funcionando alternativamente, ofrecieron entonces un espectáculo fantástico. Formas extrañas, colores brillantes, desplegaron sus galas. Las flores de carne que el mar atesora en su seno lucieron sus caprichosas líneas y sus variados matices. Concisamente, el Príncipe hacía notar las particularidades de aquellos organismos desconocidos hasta hace poco tiempo y reveladores de que, á pesar del exceso de presión y de la falta de luz, hay todo un mundo que crece, vive y siente en los abismos del mar.

Y pasaron los peces fotóforos, como el halosaurópido, que lleva á los lados del lomo aberturas llenas de un producto fosforescente, con el cual produce luz y disipa sombras.

Y la imaginación, cautiva en la magia de un ensue-

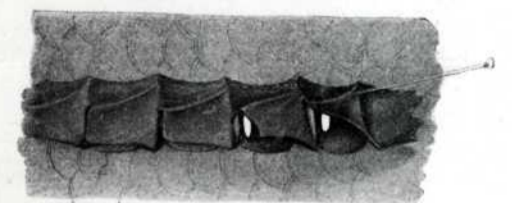
sondas, observaciones á más de veinte mil metros de altura.

Una magnífica serie de vistas de Spitzberg dió clara idea de los trabajos cartográficos efectuados en las regiones árticas por el Soberano de Mónaco, que, con el concurso del capitán Isachsen y del teniente Staxrud, realizó además estudios hidrográficos y geológicos.

Finalmente, mostró una bellísima colección de paisajes obtenidos fotográficamente con sus colores naturales.

Calurosos aplausos, iniciados por la Familia Real, acogieron las últimas palabras del conferenciante.

S. M. la Reina impuso al Príncipe la medalla de



Detalle de los órganos de luz.

miembro honorario de la Real Sociedad Geográfica y S. M. el Rey le hizo entrega del diploma en que consta el nombramiento.

Bien de la Ciencia merece el hombre que á la Ciencia ha dedicado veintisiete años de campaña tenaz, poniendo al servicio de la Oceanografía su claro entendimiento, su excepcional cultura, su actividad incansable, su fortuna y los prestigios de su elevada jerarquía.

Fundador de la Academia de Paleontología, creador y sostenedor del Instituto-Museo Oceanográfico de Mónaco, el príncipe Alberto es acreedor al respeto de todos los que se afanan por la difusión de la cultura y por el progreso intelectual de la Humanidad.